



XXV

La Iglesia (sus triunfos)

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral, en la
misa ferial de 29 de marzo de 1876.

Domine, salva nos, perimus
Señor, sálvanos, que perecemos
San Mateo, cap. IX, v. 25

Los gemidos de dolor y de angustia, que parte hoy de todos los centros de la actividad del hombre hacia un poder salvador de la sociedad, solo son comparables, mis hermanos, con los que en la historia del pueblo rey, teatro de las misericordias y de las justicias de Jehová, lanzara el Profeta, desde las riberas de Babilonia, durante su duro y prolongado cautiverio. Hoy, como en otro tiempo Jeremías, dirijese á Dios el cristiano, el católico, el hijo fiel de la Iglesia, también los que no llevan impresa en su frente la señal de la redención, ó al menos la han borrado con sus prevaricaciones, en demanda de auxilio. De todas partes, se levanta un clamor hacia arriba, hacia lo alto, en busca de una fuerza sobrenatural. El naturalismo moderno no ha logrado falsificar de tal manera las nociones del bien y del mal, extinguir hasta tal punto el sentimiento intimo de la conciencia humana, borrar de tal modo los sentimientos augustos impre-

sos por Dios en el corazón del hombre, que instintivamente no sienta el mundo la esterilidad de todos los sistemas empleados para curarlo, clamando por un remedio que no está en los dominios de los hombres y que acierte á sanar de veras los males que afligen al mundo.

Mirad, Señor, han venido los gentiles á tu heredad, á tu campo, á la casa de tu familia y de tus mayores; han manchado tu tribunal; han puesto en la punta de sus espadas los despojos de tu victoria; Jerusalén está conturbada y abatida; yacen en el polvo los instrumentos de sus antiguas alegrías; la cubre un fúebre crespón de duelo; su garganta no puede entonar ya los antiguos cánticos de triunfo. ¡Ah! nó! mis instrumentos reposan colgados en los sauces de las orillas de Babilonia y antes enmudezca mi garganta y se paralice mi mano derecha, si yo me atreviera á levantar la voz en la tierra del cautiverio. La soberbia de los enemigos de Cristo crece siempre.

Las promesas del Dios fundador de la Iglesia son en todas las partes del mundo anunciadas para salvar á la sociedad amenazada, á la Iglesia en peligro; y se vé hoy la deshecha tempestad que amenazó sumergir en el abismo á la barca que contenía á los discípulos de Jesús mientras que él dormía en la popa. A semejanza de esta tempestad es la que hoy se siente en la Iglesia y las sociedades cristianas. Nuestro Señor no despierta, nó; las voces de angustia y de dolor que parten de todos los corazones, las lágrimas que brotan de todos los ojos, la desolación de Israel, las voces de insolente triunfo de los adversarios de la Iglesia y del Pontificado, ¡no lo despiertan, mis hermanos! Él no despertará jamás, mientras del fondo de la sociedad cristiana no parta el grito de la humildad, del arrepentimiento y del perdón; mientras la sociedad cristiana profundamente penetrada de la esterilidad de

todos los convenios humanos para salvarla, no sienta verdaderamente que no hay salvación sino en nombre de Jesucristo y le diga con la intrépida y viva fe de Pedro: "Señor, salvadnos; tu solo puedes salvarnos; porque creemos que tú tienes palabras de vida eterna; en tu nombre está la salud; fuera de tí no hay sino ruina y perdición para el mundo." Si esos gritos partieran del fondo de la sociedad, entonces se levantaría la misericordia, se cumplirían las divinas promesas y todos entonaríamos el cántico inmortal del triunfo.

Pero si bien lo observo, mis hermanos, las voces de angustia y de dolor que exhala hoy el mundo son dictadas más que por el espíritu cristiano por el egoísmo que ha embriagado las almas. Sufre la familia, sufre la sociedad, sufre el mundo. Este universal trastorno engendra los más deplorables infortunios. Sucédense en todas partes á una revolución otra revolución; la anarquía parece el estado permanente de la sociedad moderna; todo ha perdido su equilibrio: la riqueza, los poderes públicos; y en este general desconcierto sufre todo sin excepción alguna. Todos los intereses están comprometidos, todas las pasiones parece que se levantarán, pretendiendo ahogar en un mar de lágrimas y de sangre á la sociedad. Naturalmente se siente la necesidad de salud, de redención; pero por mal camino se le quiere, por mal medio, suprimiendo las soluciones católicas, siempre volteando la cara á la Iglesia y al Pontificado, siempre apartándose de los senderos trazados por el guía de Dios, puesto en la Iglesia para que lo conduzca á su fin. Porque debéis de saber, mis hermanos, que en esta universal confusión hay un mensajero y ministro de Dios, representante suyo, que posee el cetro de la sabiduría, la esperanza de los siglos, la corona de la autoridad, el magisterio del mando, el cayado de la autoridad pastoral, la representación visible de la divinidad. Ese hombre augusto está

encargado por Dios de no dejar perecer al mundo sino por su culpa. Sus enseñanzas abren los caminos del porvenir feliz para la sociedad, sus actos más solemnes son la muestra viva y palpitante de la manera como Dios quiere ser el Salvador del mundo, que camina apresurado á la agonía y á la muerte.

Al saludar, pues, los triunfos de la Iglesia que ya alborean en el horizonte, al descubrir, ante esa magestuosa figura de la Iglesia católica, nuevas victorias obtenidas por el Dios fundador que nunca la dejará ser vencida de sus enemigos, yo tengo que convertir mis ojos y mi corazón hácia al inmortal Pontífice, que la admirable Providencia de Dios conserva en el mundo como una prenda de amor y de misericordia; hácia al anciano agosto que muestra al mundo las tablas de la ley, que ha escrito en ellas palabras de salud, que convida á la sociedad á salvarse, amistándose con Jesucristo; que descende desde la alta montaña en que lo ha colocado Dios para enseñar á las generaciones y los siglos la única y eterna palabra de salud, fuera de la cual todo no es sino incertidumbre, infortunio, ruina, muerte para el mundo. El mundo no se salvará, mis hermanos, sino entrando en los senderos que le abre el Pontificado.

Y al tratar de los triunfos de la Iglesia, no menos grandiosos por ser ocultos é invisibles, toca, en primer lugar, á la Bienaventurada Virgen María, á quien la esposa de Jesucristo, la inmaculada Iglesia de Dios, saluda con el victorioso nombre de conjuradora de las herejías. De tal manera es esto, que el primer acto verdaderamente grandioso y sublime del Pontificado de Pío IX, es la definición dogmática de la Concepción Inmaculada de María. Esa fue, y vais á verlo en el desarrollo del presente discurso, una de las más grandes victorias con que la Providencia ha coronado á la Iglesia en la época presente; porque tal definición qu

completa el desarrollo de una verdad contenida en la Escritura Santa, hiere de muerte á la herejía contemporánea que es en suma la supresión de Dios, la supresión de la gracia, la supresión del pecado, la supresión de la vida beatífica de Dios, la supresión de todo lo sobrenatural en las esferas de lo natural, en todos los órdenes de la sociedad. Convenía, pues, y era necesario que la Inmaculada Concepción de María fuera afirmada, con una afirmación suprema é incombustible, y que el Pontificado llenando su augusta misión en el mundo venciese al mundo, presentando la Inmaculada figura de María, el acabado tipo de lo sobrenatural, haciendo así estallar una nueva explosión del orden sobrenatural.

¡Si, Virgen Santa, Inmaculada María! El primer laurel de la victoria lo ha puesto á tus pies el Santo Pontífice, que te ha engrandecido tanto, que te ha encumbrado á tan inmensa altura, que te ha honrado con tan singular y único privilegio!

El mundo no pone atención en la grandiosidad de esta prerrogativa de María, porque como dice San Pablo: "El hombre animal no percibe las cosas que son del espíritu de Dios;" pero vosotros, mis hermanos, educados en la fe, penetrados del espíritu de Dios, veréis cuán admirable y cuán certero ha sido á la vez, este golpe del Pontificado para la herejía contemporánea.

Pidamos los auxilios del Espíritu Santo por la intercesión de la Inmaculada María. (1)

(1) Lo que sigue del manuscrito no es fácil descifrarlo. Parece sin embargo, que el orador traza, á grandes pinceladas, en el cuerpo de esta conferencia, el hecho de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, el movimiento de piedad que despertó en el mundo su definición y las consecuencias que contra la herejía contemporánea se derivaron de él. (NOTA DEL EDITOR).